

Carta pastoral de los obispos de Salzburgo, Bokungu-Ikela, San Ignacio y Taegu a sus comunidades

Con ocasión del 1200º aniversario de la Catedral de Salzburgo, en septiembre de 1974, nos reunimos en Salzburgo para una deliberación conjunta por invitación del Arzobispo. Junto con el representante del Santo Padre, Cardinal Legado de Fuerstenberg, celebramos la Eucaristía en la catedral, los representantes de los sacerdotes y laicos de nuestras diócesis con las comunidades de la arquidiócesis de Salzburgo y vivimos en encuentro personal la fraternidad mundial de los cristianos. El Santo Padre acogió calurosamente nuestra hermandad en su mensaje de saludo, leído en la celebración eucarística en la catedral.

Aprovechando los contactos personales que existen desde hace décadas entre Salzburgo y las diócesis en Bolivia, Corea y Zaire, la arquidiócesis de Salzburgo expresó ya en su sínodo diocesano de 1968 el deseo de trabajar en pro una cooperación hermanal entre las diócesis de Salzburgo, Bokungu-Ikela, San Ignacio y Taegu. En las consultas celebradas en Salzburgo en septiembre de 1974, los obispos decidimos conjuntamente intensificar la cooperación entre nuestras diócesis y apoyarnos mutuamente en la medida de nuestras posibilidades en la oración, la atención pastoral y las tareas sociales y culturales de nuestras iglesias.

En la hermandad de nuestras cuatro diócesis vemos la realización del espíritu de fraternidad en la Iglesia, que según la voluntad de Dios debe reunir a todos los hombres en un espíritu de fraternidad: Dios, que cuida de todos como un padre, quiso que todos los hombres formaran una sola familia y se encontraran en un espíritu de fraternidad. Todos han sido creados a imagen de Dios, que “hizo de uno todas las naciones que habitan la faz de la tierra”¹, y todos están llamados a un mismo fin, es decir, a Dios mismo.²

En el momento actual, en el que, por una parte, los pueblos de los distintos continentes se acercan cada vez más gracias al progreso tecnológico y, por otra, la fraternidad entre los pueblos se enfrenta a grandes obstáculos a causa de las diferencias de desarrollo económico y social, de las diferencias de lengua, cultura y costumbres, la Iglesia, como “sacramento visible de la unidad salvífica”³, debe testimoniar la presencia de Dios en el mundo de modo especial a través de su fraternidad que une a los pueblos. Son las Iglesias locales las que representan a toda la Iglesia de Jesucristo en sus pueblos, de modo que toda la Iglesia se hace tangible en la Iglesia local.⁴ En las Iglesias locales, por tanto, debe realizarse de manera viva lo que pertenece a la esencia de la Iglesia en su conjunto. Puesto que “la Iglesia, por su propia naturaleza, está destinada a establecer estrechas relaciones entre los pueblos”⁵, queremos, por tanto, realizar esta fraternidad de la Iglesia que une a los pueblos en estrecha colaboración entre nuestras diócesis.

Así como se dice de toda la Iglesia que es misionera por naturaleza,⁶ también es cierto que nuestras diócesis hermanas han recibido una misión de Dios, a saber, la misión de influir en el

¹ Hechos de los Apóstoles 17,26

² Constitución Pastoral, N° 24

³ K. Rahner, J. Ratzinger, Episkopat und Primat, p. 28

⁴ op. cit., p. 24

⁵ Constitución Pastoral, N° 42

⁶ Decreto de misión, N° 2

mundo como levadura y luz. Para que las Iglesias locales puedan cumplir esta misión, es necesario que se identifiquen con las preocupaciones e inquietudes, las tareas y dificultades de la gente de sus países. “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.”⁷ En este contexto, las comunidades cristianas tienen el deber de buscar los signos de los tiempos, interpretarlos a la luz del Evangelio y dar una respuesta testimonial. “Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza”⁸, para que la verdad revelada pueda ser cada vez más profundamente captada, mejor comprendida y más adecuadamente proclamada. Estas tareas, que le vienen dadas a la Iglesia por su propia naturaleza, no pueden ser resueltas por las Iglesias locales aisladas, sino sólo mediante la cooperación de Iglesia a Iglesia. La hermandad de nuestras diócesis de Salzburgo, Bokungu-Ikela, San Ignacio y Taegu pretende servir concretamente a estas tareas y objetivos de la Iglesia.

La preocupación de que cada Iglesia particular en su pueblo sea capaz de prestar un servicio verdaderamente cristiano al pueblo une a nuestras diócesis hermanas; la misión de servicio al pueblo que la Iglesia ha recibido de Cristo es siempre mayor a la fuerza de cada comunidad o diócesis y es, al mismo tiempo, una tarea de misión y de servicio que sólo puede realizarse en la cooperación entre las Iglesias particulares. Por ello, la fraternidad debe expresarse en el intercambio mutuo de experiencias y en el cuidado común de las comunidades entre sí. Las comunidades de nuestras diócesis hermanas no deben vivir una al lado de la otra sin relación alguna, sino en verdadera solidaridad para y con los demás, realizando sus vidas desde la fe, la esperanza y el amor.

No sólo cada cristiano, sino también cada comunidad cristiana está llamada a tal pensamiento y acción comunitarios, como subraya el Concilio Vaticano II: “De aquí se derivan finalmente, entre las diversas partes de la Iglesia, unos vínculos de íntima comunión en lo que respecta a riquezas espirituales, obreros apostólicos y ayudas temporales. Los miembros del Pueblo de Dios son llamados a una comunicación de bienes, y las siguientes palabras del apóstol pueden aplicarse a cada una de las Iglesias: ‘El don que cada uno ha recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios’ (1 P 4,10).”⁹

En este sentido, nuestras diócesis hermanas desean unirse en una comunidad de oración. La oración de nuestras comunidades ha de hacerse mundial, rezando por las preocupaciones y necesidades, las tareas y dificultades, pero también por las alegrías y el progreso en la vida de fe de nuestras comunidades hermanas. Cuando rezamos las peticiones de nuestro Señor Jesús en el Padrenuestro, “Venga a nosotros tu reino” y “Hágase tu voluntad”, nuestra actitud de oración debe extenderse más allá de nuestra propia comunidad y diócesis para incluir la venida del reino de Dios en el cumplimiento de su voluntad en nuestras diócesis hermanas en Bolivia, Corea y Zaire.

Cada año, en la fiesta de la Epifanía, queremos celebrar un “Día de la Hermandad Mundial” en nuestras cuatro diócesis hermanas. En los servicios de oración y en las celebraciones eucarísticas de nuestras parroquias queremos rezar ese día de manera especial unos por otros y tomar

⁷ Constitución Pastoral, N° 1

⁸ Constitución Pastoral, N° 4

⁹ Constitución sobre la Iglesia, N° 13; 1 Pedro 4, 10

conciencia de las intenciones y tareas de nuestros hermanos y hermanas de las diócesis hermanas.

Al mismo tiempo, la comunidad de oración debe conducir a una comunidad espiritual entre las comunidades y las diócesis hermanas. La palabra “Partnerschaft / hermandad” implica el sentido que partes individuales pueden complementarse y formar un todo cuando están conectadas entre sí. Por lo tanto, debe cultivarse un vivo intercambio de experiencias entre nuestras cuatro diócesis hermanas.

Dado que cada una de nuestras diócesis hermanas es una iglesia local en un pueblo y un continente diferente, de modo que la probación en la fe se vive y experimenta de maneras muy distintas, el intercambio de experiencias entre nuestras diócesis hermanas puede ser especialmente fructífero, ya que en la diversidad de la vida se puede reconocer y comprender mejor de nuevo la vitalidad de la fe cristiana. Por ello, es muy de agradecer que se establezcan contactos personales directos entre las distintas parroquias, grupos de base y organizaciones de nuestras diócesis hermanas, con el fin de cultivar de forma intensiva el intercambio de experiencias religiosas.

Al fin y al cabo, hermandad significa no sólo compartir lo que se tiene, sino también compartir lo que se es. Cada una de nuestras comunidades diocesanas tiene su origen en un pueblo concreto, con su propia historia, cultura y forma de ser. Tradición y costumbres, cultura y forma de pensar de estos pueblos son también la riqueza de nuestras iglesias locales. Por lo tanto, las relaciones de hermandad entre las comunidades de nuestras diócesis deben profundizarse de tal manera que, a través del conocimiento y la comprensión progresivos de las condiciones sociales y económicas, las circunstancias culturales y políticas de los pueblos de nuestras diócesis hermanas, aumenten cada vez más la comprensión y el aprecio mutuos.

Al igual que en el cristianismo primitivo las comunidades judeo-cristianas siguieron cultivando los valores sociales y culturales del pueblo judío del Antiguo Testamento y transmitieron así tesoros inalienables a la Iglesia universal, los valores humanos y culturales de los pueblos de nuestras diócesis hermanas también deberían incluirse en los encuentros mutuos y en el intercambio común de experiencias.

A través de esta comunión en la vida y la cultura, las comunidades de nuestras diócesis hermanas se darán cuenta aún más profunda y plenamente de que “ser católico es estar en conexiones cruzadas”¹⁰. “En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes colabora con sus dones propios con las restantes partes y con toda la Iglesia, de tal modo que el todo y cada una de las partes aumentan a causa de todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad.”¹¹

Las relaciones comunitarias de nuestras diócesis hermanas en la oración y en el espíritu, en la vida y en la cultura, deben conducir en última instancia a que los cristianos de nuestras comunidades se ayuden mutuamente y participen activamente en las tareas de las comunidades hermanas mediante el compromiso personal y el sacrificio material en la fraternidad mundial.

¹⁰ J. Ratzinger (Diakonia – vor einigen Jahren (5-6)

¹¹ Constitución sobre la Iglesia, N° 13

Confiando en la guía del Espíritu Santo, estamos convencidos de que un esfuerzo constante por realizar la hermadad entre nuestras diócesis hará más viva la fe de nuestras comunidades y más profundo y apasionado el amor.

Que nuestra cooperación hermana en el espíritu del Año Santo se convierta también en fuente de paz entre los pueblos, una paz que Dios sólo nos da cuando los seres humanos nos mantenemos unidos en nuestras tareas, como dijo el Concilio Vaticano II: “La paz no puede alcanzarse en la tierra sin la seguridad del bien de la persona y sin que los hombres compartan libre y confiadamente las riquezas de su mente y de su corazón. La firme voluntad de respetar a los demás hombres y pueblos y su dignidad, unida a una fraternidad comprometida y activa, son requisitos insustituibles para construir la paz. Todos debemos cambiar de actitud y mirar al mundo entero y a las tareas que todos juntos podemos emprender para el progreso de la humanidad.”¹²

Salzburgo, 8 de octubre de 1974

+ Dr. Karl Berg
Arzobispo de Salzburg

+ Joannes B. Sye
Arzobispo de Taegu

+ Joseph Weigl
Obispo de Bokungu-Ikela

+ Bonifacio Madersbacher
Obispo de San Ignacio

¹² Constitución Pastoral, N° 78 y N° 82